

ÅSA LARSSON · INGELA KORSELL

HENRIK JONSSON



**PAX**

EL ESPÍRITU DEL AGUA

DESTINO

Libro VI  
El espíritu del agua



Åsa Larsson y Ingela Korsell  
Henrik Jonsson

Traducción: Elda García-Posada

**DESTINO**



## CAPÍTULO 171

### ¡La hora del chapuzón helado!

—¡Mira, Alrik, mira! —grita Viggo mientras corre a toda velocidad hasta la superficie helada del lago Mälaren.

Acto seguido se desliza por el hielo, con las dos piernas en línea, hasta acercarse al embarcadero donde se encuentra Alrik mirándolo.

Los últimos días ha hecho un frío que pela, al menos veinte grados bajo cero, pero el sol luce resplandeciente y no sopla viento. El agua helada tiene en estos momentos el aspecto de un suelo de cristal negro recién pulido.

—¡Ven, Alrik, prueba tú mismo! —jadea Viggo—. ¡Vas a toda pastilla!

Alrik, sin embargo, niega con la cabeza. Le gusta correr, pero no sobre el hielo. Digamos que el agua no es lo suyo. Aunque esté congelada.

Normalmente está prohibido aventurarse sobre el hielo durante las horas de clase, pero hoy la cala del lago próxima a la escuela es un hervidero de alumnos y maestros. Y

es que ayer la nueva profesora de educación física, Linda, decidió que hoy iban a celebrar la jornada temática de deportes de hielo que hacen todos los años en el colegio. Hay que aprovechar ahora, que es cuando el agua se ha congelado lo bastante y el hielo tiene suficiente espesor.

Así que se han organizado una gran cantidad de actividades deportivas relacionadas con el hielo: pesca a través de hoyo en el hielo, patinaje y hockey sobre hielo... Pero es una actividad en particular la que genera la mayor expectación: ¡el baño en agua helada!

Por la mañana, Thomas, el de manualidades, se ha puesto a abrir un agujero en el hielo con una motosierra. La idea es que los alumnos se sumerjan en el agua y luego intenten salir ayudándose de unos punzones de seguridad que llevan colgados al cuello. Según Linda, la de deportes, son conocimientos prácticos que uno necesita adquirir cuando se vive en un país nórdico, y más si se tiene un lago cerca.

Se trata de una actividad voluntaria, pero si quieres que te pongan una buena nota en educación física no tienes más remedio que darte un chapuzón helado. Y si no lo haces, eres un enclenque. Por lo menos eso dicen algunos.

—¡Eh, Alrik, Viggo! ¿Qué, os da miedo bañaros?  
—grita una voz.

Es Simon, quien viene caminando por el embarcadero en plan gallito, acompañado de Jonte, Filip y Anton.

—Por cierto, me han dicho que la borrachuza de

vuestra madre anda por Mariefred —continúa—. ¡Pobres Anders y Laylah! Será mejor que le echen el candado al mueble bar.

Sus compañeros de pandilla sueltan una risotada.

—Cierra el pico —le espeta Alrik mientras da un paso amenazador hacia delante.

Efectivamente, su madre está en Mariefred. En el centro de rehabilitación le han dado unos días libres. La semana pasada, cuando regresaron del bosque después de derrotar a los espectros malignos, se la encontraron en la sala de estar junto a Anders y Laylah. Sobria y con buen aspecto.

Alrik es consciente de que debería alegrarse, pero, a decir verdad, aquello lo fastidia bastante. Porque ¿qué va a pasar si su madre deja de beber? ¿Tendrán que volver a vivir con ella? A Alrik no le apetece nada esa posibilidad. Prefiere quedarse en casa de Anders y Laylah. Por supuesto, desea que su madre se cure y se encuentre bien, pero no quiere volver a vivir con ella. Nunca más. ¿Es normal sentir eso respecto a tu propia madre? Tales son los pensamientos que se le agolpan en la cabeza y a los que no para de dar vueltas.

Pero eso no importa: una cosa es lo que él piense de su propia madre y otra que el cretino de Simon se crea con derecho a meterse con ella.

—Cierra el pico —repite Alrik.

—Cierra el pico tú, pobretón asqueroso —replica Simon.

Viggo echa una rápida mirada hacia el agujero abierto en el hielo. Junto a él se halla Thomas, el de manualidades, hablando con otros maestros. No están mirando hacia donde se encuentran ellos, pero Viggo sabe que si hay bronca les echarán la culpa a su hermano y a él. No vale la pena. Sobre todo ahora que mamá ha venido a Mariefred. Viggo está tan contento que siente un burbujeo en el pecho, como si fuera una lata de refresco recién agitada. Su madre se encuentra mucho mucho mejor. No solo es que ella misma lo diga, es que se le nota a la legua. Ya no tiene ojeras, lleva un nuevo corte de pelo y va bien vestida y aseada. Además, se la ve muy feliz, Viggo se da perfecta cuenta de ello. Nada que ver con esa madre fatigada y deprimida que casi nunca responde a sus SMS.

Su madre se aloja estos días en una casa que le han prestado en Mariefred: resulta que una persona del centro de rehabilitación conoce a un vecino del pueblo, un ricacho que siempre se va al extranjero por Navidad y Año Nuevo. ¡Vaya potra! Además, su madre tiene una sorpresa tardía para Alrik, con la que va a compensarlo por haberse olvidado de su cumpleaños. Viggo se muere de la emoción: está deseando saber cuál es esa sorpresa.

Cuando hace una semana se encontraron a su madre en casa de Anders y Laylah, a Viggo en principio le dio un vuelco el corazón, porque venía acompañada de un tipo con coleta. Tanto él como su hermano pensa-

ron que se había echado un nuevo novio. Y eso casi siempre es una mala noticia, ya que su madre tiene el récord a la hora de elegir como novios a auténticos capullos. Pero, por suerte, no se trataba de un nuevo novio, sino solo de un hombre que se había ofrecido a acercarla en coche desde la estación de tren. El tipo se largó enseguida. ¡Menos mal!

Así que ahora debe evitar a toda costa que Alik pierda los estribos y le dé un mamporro a Simon. Que no se meta en líos, no hay que darle ese gustazo a Thomas, el de manualidades.

De un brinco, Viggo se planta en el embarcadero, interponiéndose entre su hermano y Simon.

—¿Sabes una cosa, «Simion»? —dice con una sonrisa—. A veces la naturaleza se equivoca. Si no, ¿cómo es posible que tú ganaras a otros cien mil espermatozoides?

A Jonte se le escapa una risita, pero se calla en cuanto Simon le lanza una mirada rabiosa.

Justo en ese momento, Linda, la de deportes, que está junto al hoyo abierto en el hielo, toca el silbato.

—¡Es la hora del chapuzón helado! —grita—. ¡Todo el mundo a la cola!

Los alumnos se apresuran a acudir junto a Linda, con Simon y su pandilla a la cabeza. Quieren ponerse los primeros de la fila. Pero antes de echar a correr, Simon le da a Viggo un empellón.

—Te voy a crujir el cráneo contra el hielo, pobretón de mierda —dice.

—¡«Simion» de las narices, chulo baboso! —chilla Viggo.

—¡Viggo! —grita a lo lejos Thomas, el de manualidades, con tono de advertencia—. Nada de palabrotas, por favor.

—¡Miauu! —maúlla Viggo a media voz.

Desde que los bomberos rescataron a Thomas del árbol, como si fuera un gatito, Viggo suele ponerse a maullar cada vez que se cruza con él.

Aun a esa distancia, perciben cómo Thomas resopla dos chorros de vapor por la nariz. Hace tanto frío que al respirar el aliento se condensa y forma vaho.

Desde la zona donde está el agujero en el hielo, unas voces llaman a Viggo.

—¡Viggo! ¡Ven y ponte a la cola con nosotros!

Son Suggen y Galten, sus compañeros de clase.

—Me voy a dar un chapuzón —le anuncia Viggo a su hermano—. Anda, ven a verme. ¡Venga!

—Adelántate tú —masculla Alrik—. Ahora iré.

Viggo sale corriendo para colocarse el último de la fila junto a Suggen y Galten. Se ha formado un círculo de espectadores alrededor del hoyo en el hielo. Nadie se lo quiere perder.

La primera en darse el chapuzón helado es Sara, de 6.º C. Vestida solo con una camiseta y unas mallas, tiritita de frío mientras Thomas, el de manualidades, le ata una cuerda alrededor de la cintura. Al cuello lleva colgada una cinta con dos punzones de



seguridad que usará para ayudarse a salir del agua helada.

—Ya está —dice Thomas cuando ha terminado de anudar la cuerda bien fuerte—. Con esto te podré rescatar si no eres capaz de salir del agua por ti misma.

Un murmullo de expectación recorre la multitud de espectadores.

Alrik permanece cerca del embarcadero. No tiene ganas de acercarse donde están los demás. Y es que no le cabe en la cabeza que alguien pueda querer lanzarse a un infernal pozo negro lleno de agua. ¡Él, que se marea con solo caminar por el hielo!

Comienza a avanzar poco a poco, pero no logra pasar más allá de una boya retenida en el agua congelada a unos cuantos metros de distancia. ¿Qué es ese ruido? ¿Solo él oye cómo el hielo cruje y se resquebraja? ¿Ese inquietante retumbar del agua oscura por debajo está solo en su cabeza?

De pronto, da un respingo. ¿Qué ha sido eso? Juraría que algo se ha movido bajo sus pies.

Clava la mirada en el hielo. Si uno se fija bien, puede ver que hay unas rayas blancas que cruzan la superficie. ¿Son grietas? ¿Se trata solo de imaginaciones suyas... o esas rayas están multiplicándose a toda velocidad?

Un poco más allá, junto al hoyo en el hielo, Sara, la de 6.º C, permanece indecisa.

—Voy a morir congelada —ríe.

—¡Qué va! Verás cómo todo sale bien —la tranquiliza Linda, la de deportes—. Venga, Sara, enséñales a tus compañeros cómo se hace.

Sara asiente y camina hasta el borde del hoyo. Se queda mirando fijamente el negro agujero mientras respira hondo.

A continuación, salta.